

Selva Almada: El desaparego es  
una manera de  
querernos (2015)

### El viaje

Nunca había salido de la provincia ni ido más lejos que 60 kilómetros a la redonda hasta los pueblos vecinos, a los bailes, de soltera; al hospital de Colón a parir a los mellizos, también de soltera. Nunca había puesto un pie en la ruta 14, famosa por sus accidentes automovilísticos. La ruta de la muerte, como la llaman. Nunca hasta esta noche.

En el asiento de adelante van el chofer del remís y su medio hermano. Atrás, con ella, la cuñada y el concuñado de su hermano entero, el que van a enterrar en pocas horas.

La ruta es una boca de lobo. El pavimento negro, brillante por la garúa. De a ratos los pasa algún coche moderno y veloz que enseguida desaparece en la negrura. O un camión brasilero, una mole silenciosa llena de lucecitas de colores que, al cabo, también se pierde en la noche. El remís es un modelo viejo que a duras penas alcanza los 70 kilómetros por hora. Por eso mismo el tipo les hizo precio. Nadie que no esté desesperado tomaría un auto así para un viaje tan largo. No tiene calefacción y el viento se cuela por las juntas de las puertas. Los asientos están ro-

tos. Ella va prácticamente sentada sobre los resortes y hace rato que no siente las nalgas. Ni los pies. Ni el resto del cuerpo. Sólo su cabeza parece estar viva y despierta.

Adelante ve la nuca de su hermano y el parabrisas mojado, iluminado por la luz lechosa de los faros. La radio está encendida, pero a cierta altura se perdió la onda y de vez en cuando sólo se escuchan algunos chasquidos. A su lado, la pareja de cuñados duerme, la mujer con la cabeza sobre el hombro del marido que le rodea el cuerpo con un brazo.

Ella no puede pegar un ojo. Lloró mucho hasta que se metieron en el auto. Siente el tremendo cansancio del llanto. Un cansancio demoledor que, sin embargo, le impide conciliar el sueño. Tiene la vista seca. Piensa en los ojos de los pescados que llevan más de un día muertos. Secos y hundidos, así deben verse sus ojos ahora. Así los siente, opacos.

Aunque sabe que es una locura, no puede apartar de su cabeza la idea de que todo esto no es más que una tremenda confusión, de que no puede estar pasándoles esto. Llegarán a Florencio Varela y todo se aclarará. El muerto no será su hermano, sino otro con el mismo nombre o un enorme parecido físico. Un error espantoso. Van a reírse todos. Va a reírse el hermano tal como lo recuerda y va a decir que no hay mal que por bien no venga, que gracias al equívoco logró reunir a parte de la familia. Lástima que los viejos y la hermana mayor no vinieron también. Sí, es una fantasía ridícula, claro, esas cosas sólo pasan en las películas. Está bien. Podría aceptar que el hermano esté muerto, pero no que haya sido

así como dijeron, así no, ahí sí tiene que haber un error, no puede ser. Al hermano se lo mataron. Es así. Prefiere que sea así. Y lo mataron no porque haya andado por mal camino, porque haya tenido enemigos. Lo mataron porque sí, porque es así en Buenos Aires, porque esas cosas las ve todos los días en la televisión.

A esta hora sus padres ya estarán durmiendo completamente ajenos a la tragedia. ¿Cómo va a hacer para mirarlos a la cara cuando vuelva? Para que no se le note que ellos ya no tienen hijo y ella ya no tiene hermano.

La idea fue de la mayor. Ella dijo que no había que decirles nada, que son viejos y no soportarían la noticia. Lo dijo serena y decidida. Inconmovible como la madrugada en que se le murió el marido y fue a golpearle la ventana de su casa para avisarle. Con la misma férrea decisión con que un día le dijo que le deje a la melliza que ella se la iba a criar, que siga con su vida, que la nena se quedaba con ella. No se animó a contrariarla entonces y tampoco ahora. Aunque no sepa si están haciendo lo correcto.

El medió hermano no dijo nada. Como si no se sintiera con derecho a decidir sobre su padre ni sobre esa familia a medias que siempre tuvo. Está apenado, se nota. Ellos dos siempre han sido compinches porque él es bastante más grande y ella la hermanita menor. Juntos siempre ha sido todo risa. Y ahora, en la desgracia, se sienten desamparados, incapaces de sostener al otro, de verse los ojos arrasados por el llanto. Es que este hermano siempre fue bastante inmaduro y por eso se entienden, porque ella también. Nada

que ver con la mayor que siempre tuvo las riendas de su vida, mayor claridad, conducta. Ellos dos no y el otro hermano tampoco. Ellos siempre fueron para donde los llevó el viento, unos tiros al aire.

Por eso no cree lo que dijeron. Volarse la cabeza. No se lo cree.

De golpe, la radio agarra una emisora y una canción sale repentina por el aparato, sobresaltándolos a todos. El chofer pide disculpas y baja el volumen hasta que casi no se escucha nada. Pero ella conoce la canción, es una de sus favoritas, una vieja, de la época en que no se perdía un solo baile, y la canta sin abrir la boca, para adentro.

A lo lejos distingue unas luces.

—¿Qué son aquellas luces? —pregunta en voz baja inclinándose hacia adelante hasta casi rozar la oreja del remisero.

—Empieza la autopista, gracias a dios, manejar en la ruta con esta llovizna y a esta hora no me gusta nada, es muy peligroso. La autopista es otra cosa, ya va a ver.

—¿Llegamos?

—No, pero falta menos.

El tipo tiene razón. La autopista es otra cosa. Ahora el auto se desliza suavemente sobre el pavimento liso como seda. Se recuesta en el asiento y mira las luces que van pasando y las cuenta como si fuesen ovejas luminosas, voladoras.